

## EL CONCEPTO ESTÉTICO DE LA COLUMNA PERIODÍSTICA EN LA OBRA DE MANUEL ALCÁNTARA

---

Antonio López Hidalgo  
*Universidad de Sevilla*

### INTRODUCCIÓN

Manuel Alcántara (Málaga, 1928) ha publicado 18.000 artículos después de llevar cincuenta años escribiendo diariamente, incluyendo los fines de semana. De estos 18.000 artículos, más de 10.000 vieron la luz a partir de 1975. La Transición democrática, como es obvio, dio rienda suelta al género y multiplicó sus posibilidades narrativas así como los temas a tratar. La obra de Manuel Alcántara también se dejaría influir por estos nuevos aires de libertad, sobre todo en la variedad de temas a tratar más que en el estilo de sus escritos, si bien los primeros aciertan a tener un tono más literario. Su concepto estético, por tanto, se conduce por los mismos registros que descubrirán otros autores en el género y que, a fin de cuentas, lo definen: el cuidado obsesivo por el lenguaje, una amenidad inquebrantable, la leal complicidad del lector, la ironía como inagotable recurso retórico y, sobre todo, una libertad sin fisuras. Alejandro Víctor García, en un perfil en el que dibuja el rostro creativo de Manuel Alcántara, titulado "El aliño secreto del columnista", y publicado en las páginas de Andalucía del diario *El País* el 5 de marzo de 2001, escribe:

El estilo de un articulista se asemeja al aliño de una ensalada. Los ingredientes con que los columnistas cubren el fondo de la fuente suelen ser los que recolectan del huerto unánime de la actualidad —escándalos, equívocos, aciertos, epidemias o pandemias— pero la singularidad, aquello que condena a unos a la mediocridad y a otros los en-

salza a la atalaya de la perspicacia o la brillantez es un aderezo secreto compuesto por una sintaxis y un vocabulario particulares pero también por unas obsesiones, un humor y una forma de ver el mundo.

Manuel Alcántara presume de no haber fallado a esta cita con el lector ningún día, excepto cuando falleció su mujer, Paula Sacristán, que le ha dejado una soledad horadada e irreconocible. Además del Premio Nacional de Literatura, tiene en su haber los premios más destacados del articulismo español: Mariano de Cavia, Luca de Tena y González-Ruano. Comenzó a publicar sus primeros artículos en 1958 y desde entonces han estampado su firma periódicos como *Ya*, *Pueblo*, *Arriba*, *Marca*, *Hoja del Lunes* y los diarios del Grupo Vocento. Además, ha colaborado con la revista *Época*, así como en Radio Nacional, Cadena Cope y Televisión Española. Pese a todo, no se siente agotado de escribir diariamente. En este sentido ha confesado a López Hidalgo en una entrevista publicada en el suplemento *Zoco* del diario *Córdoba* el 8 de junio de 2008:

Cansado, sí, pero me renuevo. Es por lo único que he tenido disciplina en mi vida, porque yo no quiero cascar sin escribir un libro de versos. Tengo poemas dispersos que tengo que ordenar y que corregir. Para lo único que he tenido voluntad es para escribir, pero al fin y al cabo tengo un contrato que tengo que cumplir. Comprendo que sentarse, pase lo que pase, todos los días un rato a la máquina cuesta... pero eso no lo llevo mal. Yo estoy regular de entendimiento, pésimo de voluntad y magnífico de memoria. Me acuerdo de todo lo que me ha pasado en mi vida" (en López Hidalgo, 2008: 4).

## DEL ARTÍCULO LITERARIO A LA COLUMNA PERSONAL

Con la Transición democrática nace –como ahora la conocemos– o renace la columna periodística, si bien Luisa Santamaría y María Jesús Casals entienden que, ateniéndose al sentido estricto de la columna periodística en cuanto a sus exigencias de periodicidad, espacio y características literarias, se podría situar su nacimiento durante el siglo XVIII en toda Europa, coincidiendo con la difusión de los primeros periódicos (2000: 291).

Alexis Grohmann (2005: 2) advierte que el nacimiento de la columna está relacionado con la progresiva despersonalización del periódico y el editorial, con su paso del punto de vista de la primera persona del singular

a la primera persona del plural, es decir, "del 'yo' del director y redactor al 'nosotros' del colectivo de la redacción o la empresa entera y con la diferenciación de los distintos textos que componen el periódico". La columna, un género en un principio análogo al editorial, surge cuando éste pierde su carácter personal, y se define precisamente por ser un texto firmado por una persona, como antes el editorial, una expresión de "una visión del mundo muy personal, una voz individual". Y añade: "La larga tradición española proclive al articulismo es significativa no sólo porque de ésta beberá un nuevo periodismo cuya evolución coincide con la Transición de la dictadura a la democracia en los años setenta del siglo XX, sino también porque potencia el cultivo de un género como la columna".

De cualquier manera, ha sido a partir de los últimos treinta años cuando en España el género se ha vestido de todas las posibilidades narrativas con que hoy cuenta y se ha diferenciado más o menos claramente de otros géneros aledaños. También Fernando López Pan señala que no siempre se ha tenido el mismo concepto que el que hoy tenemos de la columna (1995: 12): "Pues bien, la columna, a pesar de su corta historia, también ha sufrido cambios y transformaciones hasta que adquirió las características que hoy la definen como tal. Ha sido la suya una historia de crecimiento y absorción de otros géneros concomitantes".

El franquismo le había cortado las alas a este género y, como consecuencia, con la Transición democrática asistimos a su florecimiento, de tal manera que no hubo ni hay periódico de ámbito provincial que no cuente con su columnista o columnistas. En su polémico libro *Las palabras de la tribu*, Francisco Umbral asegura que González-Ruano es el auténtico padre del columnismo personal en nuestro país, en un momento en el que era "nada menos que la última llama encendida y obcecada del Yo en reinos tan comunitarios como el periodismo y el Movimiento", y del que también asegura que tenía razón sobre los directores de periódico, que "sólo quieren objetividad, dato y aburrimiento". En el libro mencionado, escribe:

La prueba es que le leían en la calle mucho más que a todos sus compañeros de grupo. Ellos querían ir a lo general, lo cual es una obviedad, y él iba a lo general por lo personal y particular, que en último extremo es lo que interesa a la gente. Como interesa el crimen del año, la boda del año, etc. El canibalismo intelectual y sentimental es algo con lo que hay que contar siempre, y por eso César echaba piltrafas de su propia vida enferma, usada y cotidiana (1994: 253-254).

En efecto, González-Ruano, como su auténtico precursor en nuestro país, sienta las bases del género en su aspecto más personal, es decir, en la presencia del "yo", en el protagonismo del columnista en su propio texto. Umbral insiste en este aspecto:

Este columnismo nuestro, aunque politizado, viene todo él de César, gran fabulador del Yo en tiempos difíciles y colectivistas/franquistas. Sus Memorias, en 1950, fueron un inmenso best-seller de la época, cuando todavía un éxito editorial no se llamaba así, y es que la gente, cansada y anonimizada por Franco, tenía ganas de que alguien le contase algo personal, concreto, el glorioso chisme literario. Nada menos que eso ha representado César en la vida literaria de la larguísima posguerra, hasta su muerte en el 65, pero nadie ha caído en la cuenta ni se ha preocupado en demasía de estudiarlo. ¿A qué se debía su triunfo, a que escribía bien? Muchos escribían bien y mejor que él en la generación que venimos estudiando. Su triunfo se debía a que él daba vida, su vida en porciones, mientras los otros daban la historia, la erudición y el trirreme (1994: 254).

Manuel Alcántara, a quien unió una profunda amistad con González-Ruano, escribió a su muerte: "Ayer, cuando tú morías, no pocos españoles estaban haciendo lo mismo de todas las mañanas: desayunar café con leche y César González-Ruano. Yo debo escribir sobre ti y no puedo llorar hasta que acabe". Y añadía: "Así ha sido tu muerte por fuera: una cruz en el pecho, unos amigos llorando, una perrita que aúlla en el piso de arriba. Eso y un boquete. Y un luto largo en las hemerotecas" ("*Última hora: César González-Ruano*", *Ya*, 16-XII-1965).

Desde 1975 asistimos, como se ha dicho, a un auge sin parangón de la columna, que contribuye a la configuración de un género en gran medida nuevo en las letras españolas, según el profesor de la Universidad de Edimburgo Alexis Grohmann (2005: 2), para quien es un género heredero de fuentes autóctonas y de una rica tradición de simbiosis entre literatos y prensa y de la prosa "impertinente" de aquellos que desde hace por lo menos dos siglos "se han introducido en los periódicos". Con Grohmann compartimos el principio de que la columna como género propiamente dicho y en el sentido como lo entendemos hoy nace, desde un punto de vista histórico, en pleno siglo XX, pero no prolifera hasta la segunda mitad del siglo, experimentando su apogeo en la época posterior a 1975.

Pero la columna no surge del vacío. Morán Torres afirma que, históricamente, podemos considerar que la columna actual responde a lo que "en el viejo periodismo era el artículo de un colaborador fijo, denominándose columnista al que antes se llamaba articulista" (1988: 165). Con la Transición democrática, el nuevo género no sólo acapara páginas de la prensa diaria. También las revistas encuentran en la columna un recurso útil para atraer la atención del lector. En este sentido, Teodoro León Gross comparte la opinión de Morán Torres:

No es casualidad que en las revistas también las firmas de la prensa, al cabo, constituyan una referencia y un aval de ventas, porque una de las consecuencias del decenio de los ochenta en la prensa será precisamente el creciente prestigio y valoración en la prensa del columnismo inspirado en el articulismo tradicional español, es decir, el costumbrismo político sazonado en prosa satírica y lejano de la frialdad del análisis (1996: 125).

Esta herencia que recoge la columna del artículo es precisamente la mayor dificultad que encuentra el investigador a la hora de delimitar ambos géneros. Así lo entienden buena parte de los autores, como León Gross o Grohmann. Éste último advierte que del artículo del siglo XIX y principios del XX a la columna actual media "un paso casi imperceptible". Francisco Umbral considera a Larra uno de los claros antecedentes de la columna actual, pero también lo entienden así otros muchos autores. El creador del artículo literario en España es también el antecedente más significativo del columnismo contemporáneo, señala Grohmann (2005: 2), por su profunda preocupación por la utilización de la lengua, su concepción del articulismo como un género literario, la primacía concedida al estilo y los recursos retóricos, la ficcionalización de la realidad y del "yo", y su empleo de la parodia, la sátira, el humor y el *ridiculum* en general con fines críticos. Pero si hablamos de Larra también debemos hacerlo de otro de los padres del artículo literario: Ramón de Mesonero Romanos. Y a ellos debemos sumar nombres como Ramón de Campoamor, Gustavo Adolfo Bécquer, Serafín Estébanez Calderón, Pedro Antonio de Alarcón, Juan Valera, Benito Pérez Galdós o Leopoldo Alas, "Clarín". En efecto, como afirma María Cruz Seoane (2005: 8-11), la edad dorada de la literatura de periódico se extiende de 1898 a 1936. Los autores de las generaciones del 98 y del 14 fueron en buena medida periodistas o escribieron en periódicos. Los miembros de la generación del 27 no sólo

eran poetas, también articulistas. Pero también la luz gris de la posguerra vivió alumbrada por articulistas como Josep Pla, Víctor de la Serna, Rafael Sánchez Mazas, José María Pemán o César González-Ruano. No obstante, la censura del régimen franquista no permitió que el articulismo desembocase aún en el concepto que hoy tenemos de columna periodística. Para alcanzar esta madurez, necesitaba proveerse de una de sus principales características: la libertad. La Ley Fraga de 1966, aprobada en Cortes el 15 de marzo, inicia el proceso denominado "aperturismo", en el que la censura previa se compensaba con otros procedimientos de control. Pero la libertad del artículo tenía sus límites allá donde faltara el respeto a la verdad y a la moral y en el acatamiento a la Ley de Principios del Movimiento Nacional y demás Leyes Fundamentales. El camino andado aún no era suficiente y el puente que se construía hacia una transición pacífica parecía todavía elevado.

En la entrevista antes mencionada, Manuel Alcántara confiesa que en la historia del articulismo español se produce un punto de inflexión cuando muere Franco. ¿En qué cambió exactamente?:

Han cambiado muchas cosas, pero yo escribí 7.000 u 8.000 artículos en vida del general de alta graduación. Por ejemplo, en *Ya*, el motorista de la censura tenía que traer el artículo antes de imprimirlo con su sello que ponía autorizado. Nadie nos puede reprochar que entonces no se abordaran los temas importantes. No se abordaban porque si tú los metías en tu artículo pues no venía autorizado. Un tímido paso, pero importante, fue la ley de Fraga, pero también estaba sometida. Y sobre todo, todo estaba sometido al criterio del director, que era el que se la jugaba. Ahora es magnífico. Era muy difícil escribir entonces (en López Hidalgo, 2008: 2).

El columnista malagueño también reconoce que sería ya con la Transición democrática cuando el articulismo evolucionara no sólo en los temas y en cómo se trataban, aunque reconoce que el franquismo creó una generación de buenos articulistas: "Propició una generación de elitistas, del cuidado por la palabra, de un artículo bien escrito. Hombre, eliminó el dicitario, la crítica, que son ingredientes del periodismo. Yo creo que he pertenecido a demasiados tiempos" (ibídem).

Muerto Franco, el columnismo estalla en el periodismo español. No sólo en los periódicos del Movimiento que van conociendo nuevos dueños, sino en toda aquella prensa que nace a la sombra de una democracia inci-

piente. Todos los diarios cuentan con su propio columnista. No es un fenómeno aislado y centralizado en Madrid, sino que se extiende a todas las provincias.

Se sabe que el columnismo norteamericano ofrece información y análisis en sus textos y que, en general, es menos creativo que el nuestro, que tiende más al retruécano, la metáfora y otros recursos retóricos. En realidad, el camino del columnismo español se ha bifurcado en dos senderos divergentes aunque complementarios. De un lado, aquellos columnistas que interpretan la actualidad con análisis certeros y profundos, con un lenguaje correcto desprovisto de recursos retóricos innecesarios. Y aquellos otros columnistas que buscan una vía más personal en sus textos, no sólo en su estilo, sino en la propia realidad que describen, pues en muchas ocasiones no sólo no están sometidos a la actualidad, sino que encuentran en la ficción un método idóneo para confesar sus pecados personales.

¿Quiénes escribían aquellas columnas de la Transición democrática? Escritores colaboradores por supuesto, pero sobre todo periodistas que sabían escribir, periodistas con aspiraciones literarias. Fueron ellos, cansados del rigor informativo, de la disciplina castrense que requieren otros géneros periodísticos, quienes se sublevaron contra su propio oficio. Fueron ellos quienes necesitaban comunicarse con sus lectores para contar cosas distintas y sobre todo con un lenguaje diferente. Fatigados de la rutina que ofrece diariamente la actualidad informativa, buscaron en sus propias vidas como González-Ruano lo hizo años atrás. No sólo querían opinar sobre los grandes acontecimientos reseñados en la primera página del diario, sino también sobre los ángulos perdidos de la pequeña noticia, sobre los aspectos olvidados de la vida cotidiana, sobre aquellos pequeños detalles que no tienen cabida en las páginas de los periódicos. Los escritores que colaboraban en aquellas páginas de opinión se sumaron a esta sublevación inevitable. Primero unos y después otros ayudaron a que el cambio fuera posible. En Córdoba lo hicieron Sebastián Cuevas y Manuel Fernández. En Sevilla, José Guzmán y Antonio Burgos. En Granada, Antonio Muñoz Molina. En Madrid, Francisco Umbral, Raúl del Pozo o Manuel Alcántara. En Barcelona, Manuel Vázquez Montalbán. Entre otros muchos.

Aquellos periodistas y escritores lo primero que aprendieron es a olvidar los libros de estilo de los diarios, las normas de los manuales de redacción periodística. Se trataba de experimentar con la libertad hasta el límite, no sólo en el sentido de escribir lo que se piensa, sino de escribir rompiendo normas establecidas, escribir con la conciencia de que el autor se enfrenta a

un nuevo género, consciente de que el momento histórico demanda nuevas formas de expresión, nuevas posibilidades narrativas de autoría individual e intransferible. Raúl del Pozo así lo cuenta en una columna titulada "La columnata 2" aparecida en *Diario 16* el 28 de julio de 1993:

La historia de la columna es la historia de unos desobedientes que quemaron el libro de estilo. Cuando empezamos, los que trabajábamos el adjetivo y creíamos en el estilo literario estábamos mal vistos. Habían aparecido en los periódicos unos redactores educados en las escuelas anglosajonas que consideraban que el adjetivo carece de existencia propia al ser una palabra que expresa calidad. Ellos no consiguieron imponer aquellos libros rojos de la objetividad. Ahora dicen que la columna narra cada día la historia de España. Antes decían, despectivamente, que era un nicho o una guinda en el pastel.

#### LOS PERIODISTAS CEDEN EL TESTIGO DE LA COLUMNA A LOS ESCRITORES

Como decimos, a partir de 1975, los columnistas y las columnas proliferan en los periódicos, auge que ya a nadie escapa en la década de los años noventa. En esta década aparecen las primeras monografías sobre el género que dan fe de un esplendor ya suficientemente maduro y aceptado sobre todo por el lector. Ante este auge sin parangón, López Pan, como algunos otros autores, ve necesario el retorno a un periodismo donde predominen más los hechos que la especulación. Y en este sentido acierta a decir que "algunas publicaciones semejan un Partenón griego en el que el arquitecto no hubiera acertado a la hora de situar las columnas por superar con mucho las necesidades arquitectónicas del edificio" (1995: 11). Así fue en la década de los noventa, y ya con el nuevo siglo, aunque su número ha disminuido en cantidad, la columna sigue siendo un sello de prestigio para el periódico.

Si en los años setenta y ochenta la columna es un género trabajado principalmente por periodistas, a partir de la década de los noventa éstos irán cediendo el testigo a escritores colaboradores de diarios. Periodistas de prestigio como Rosa Montero, Maruja Torres, Manuel Rivas y otros muchos seguirán cultivando el género, pero también se irán adentrando en el mundo de la literatura. Por el contrario, muchos otros periodistas cederán el testigo y la pluma a escritores reconocidos que con su firma dotarán de prestigio al



diario o a la revista. Alexis Grohmann también comparte esta opinión cuando afirma que si a finales de los setenta la columna se consideraba todavía un género "escrito por periodistas, un cuarto de siglo después la situación ha cambiado tanto, que esto no es cierto, o no del todo". De esta manera, añade (2005: 3):

Es, por lo tanto, con el reinicio de la democracia, y en los años noventa en especial, cuando la columna de escritores empieza a perfilarse y distinguirse como género autóctono e importante en la prensa española y cuando empieza a componerse como modalidad nueva en su estrecha afinidad con la literatura. Los factores relacionados con lo que se podría llamar, como veremos, el nacimiento de la columna de escritores en España y su muy considerable envergadura son múltiples.

Este profesor de la Universidad de Edimburgo destaca distintos factores que influyen positivamente en el desarrollo, maduración y auge del género. El primer factor que influye, obviamente, es la libertad de expresión que viene impulsada por la Transición democrática y la necesidad de cambio en el país, consagrada en el artículo 20 de la Constitución Española de 1978. Otros factores que inciden y repercuten en el auge del columnismo son, en primer lugar, el papel muy sustancial de la prensa en la época posfranquista y, después, un nuevo periodismo español que empieza a gestarse en los años sesenta. El papel e importancia adquiridos por la prensa a partir de 1975, en conjunción con otros factores —el surgimiento de nuevas cabeceras, las transformaciones tecnológicas, la crisis económica o el traslado de periodistas y columnistas de las "viejas" redacciones a la joven prensa de la democracia— conforman el marco dentro del cual se desarrolla el columnismo. Aparte de estos elementos, otros factores influyen también. Desde el punto de vista del periódico, la columna juega un papel central en la organización de la estructura interna del periódico y en su articulación y proyección. Los columnistas garantizan la ocupación de cierto porcentaje de espacio independientemente del resto del contenido, y proveen de antemano al periódico de espacios determinados que conformarán, junto con otros, el esqueleto en torno al que se organizará el diario. Otra razón es que las columnas pueden proporcionar un tono distinto al tenor dominante de las malas noticias; pueden entretener o dar un toque ligero a la seriedad prevaleciente; pueden crear controversias, y son producto de una voz individual. Además, fomentan la pluralidad de

voces y de distintos puntos de vista dentro de un periódico con una variedad de perspectivas. Y por último, el columnista es una especie de mediador entre el lector del periódico y la realidad, que filtra e interpreta. Para el lector, el o la columnista puede informar o entretener o entretener informando, proveer de una mirada, un punto de vista y estilo distintos que el lector aprecia y a través del cual aprende o con el cual se identifica.

Ciertamente el término *columna* en la acepción de género periodístico es una incorporación bastante reciente al idioma español. Haro Tecglen califica este anglicismo tomado de la prensa americana de "temible barbarismo" y Lázaro Carreter (2004) lo incluye en *El nuevo dardo en la palabra* como un neologismo que se ha introducido en nuestra lengua hace menos de 50 años. La columna, encallada entre el periodismo y la literatura, es un género más bien atípico o incluso paradójico, y que debe respetar ciertas delimitaciones que también contribuyen a definirla: la dimensión, la ubicación fija en determinada página del periódico, la temática y la frecuencia. Pero más allá de estos parámetros, el columnista es libre para escribir lo que estime conveniente. Para Grohmann y Steenmeijer, esta combinación de restricciones y libertades es "el rasgo más idiosincrásico del género de la columna de escritores". Este mismo autor señala que el género sigue más bien marginado, aunque "reconocido y estudiado en el hispanismo" (2006: 9).

## LAS COLUMNAS PERSONALES DE MANUEL ALCÁNTARA

Los nuevos aires de libertad que respiraron los columnistas con la Transición democrática influirían de modo determinante no sólo en los temas a abordar sino también en su tratamiento. En cierto sentido, y como es lógico, se podría afirmar que la política colapsó el contenido de muchas columnas de periódico. Así lo entiende también Manuel Alcántara: "Los periódicos ahora están absolutamente empachados de política. Ya nadie escribe un artículo porque ve una muchacha por la calle comiéndose un helado. Ahora todo es política y eso es muy empachoso. Yo temo que al lector lo estemos abrumando" (en López Hidalgo, 2008: 2).

En cierto modo, los temas políticos abarrotaron y abarrotan las columnas de muchos periódicos, pero aquella libertad reciente iría mucho más allá. Los temas que los columnistas abrazarían romperían los límites de la propia actualidad: No importaba que fuesen de interés público ni del interés del público. Aquellos temas menores que sirvieron de inspiración a sus autores para

llenar sus artículos literarios, nunca abandonarían el papel impreso, de manera que la vida cotidiana y las noticias de menor interés, la ficción incluso, serían un estupendo caldo de cultivo para los columnistas. La libertad, principal característica del género, así lo entiende también Manuel Alcántara, sería la panacea por la que el columnista se deslizaría sin miramientos, hasta el punto de que la presencia del "yo" ocupó demasiadas columnas de papel.

Con estos nuevos aires democráticos, las columnas personales de Manuel Alcántara no se resentirían demasiado, pues el abanico de temas, aunque ahora más amplio, tampoco le sirvió al autor malagueño para elevar el tono o remodelar su estilo, como harían muchos otros, si bien el tono, como él mismo reconoce, se tornó menos literario. Alcántara siguió sumergiéndose en la actualidad, rehuyó el "yoísmo" que detesta y que tantos otros compañeros de profesión profesaron por entonces, cultivó temas mayores y menores, ligados a la actualidad o bien enlazados a su mundo más personal, temas mayores o menores, pero siempre tratados con ese estilo de respeto por el lector que nunca abandonó. En este sentido, la escritora Espido Freire alaba "su empatía, la capacidad de ponerse en el lugar del otro y la capacidad de transmitir cierta ternura, incluso a la hora de tratar los temas más hoscos del ser humano" (en Cortés, 2006).

De manera que escribió sobre la muerte de González-Ruano y sobre los payasos, sobre el mar y sobre la siesta, sobre el aire que "es hospitalario por naturaleza" y que "cuando viene una persona al mundo enseguida le hace un hueco" ("Corazón del mundo", *Arriba*, 16-IV-1959). Y como él mismo confiesa, también aporta en sus artículos "un punto de andalucismo, que es una palabra muy equívoca, más exactamente de malagueñismo" (en León Gross, 1997: 23). En efecto, Málaga estará presente en muchos de sus artículos, pero también en su obra titulada *Málaga nuestra*, libro que comienza con esta frase definitoria: "Málaga tiene el mar en cada acera. El espectáculo más vasto del mundo, el más enigmático, nos pertenece sólo por el hecho de haber nacido aquí, o de estar aquí. La misteriosa belleza cambiante y eterna nos ha sido dada sin mérito alguno por nuestra parte" (Alcántara, 2002: 13).

No obstante, la libertad de expresión trajo consigo no sólo la posibilidad de tratar temas de toda índole y naturaleza, sino también de hacerlo con un lenguaje diferente, circunstancia que propició en los años del franquismo que muchos periodistas y articulistas escribieran con frases de doble filo. Así lo señala también Manuel Alcántara: "Esta censura previa es lo que más determinaba el contenido de los periódicos y propicia toda una generación de maestros en el arte de escribir entre líneas, de insinuar". En otro momento,

Alcántara también manifiesta: "Yo hacía entonces un articulismo muy literario, por otra parte el único posible como alternativa al de adhesión inquebrantable" (en León Gross, 1997: 17).

Generalmente, el estilo de la columna es editorializante cuando el texto es de naturaleza argumentativa, y lo es el ameno cuando se trata de un texto narrativo. El estilo de la columna puede ser narrativo y descriptivo, interpretativo y argumentativo. Se puede escribir como cuento o como editorial, como epístola o falsa entrevista, pero hay que rehuir, señala Alcántara, la columna que pretende ser "un ensayo enano". La libertad es absoluta. Algunos autores proponen que el columnista huya del puro esteticismo y del barroquismo expresivo, pues la claridad es norma esencial. En todo caso, su lenguaje puede mezclar expresiones barrocas con un lenguaje más popular, refranes y modismos de diferentes regiones. En este sentido, el columnista malagueño apuesta por la claridad como una de las características necesarias para conversar con el lector: "Un articulista puede ser a la vez trascendente y escribir con ligereza; está obligado a una cierta reducción de léxico. Escoger términos para los que haya que ir al diccionario está al alcance de cualquier fortuna mental. Hay que renunciar a la precisión para escoger palabras que lleguen a todos, incluso a esos hinchas que tiran botellas en los estadios" (en León Gross, 2007).

El lenguaje de Manuel Alcántara es claro de manera intencionada, pero no por eso simple y raquítico, sino muy al contrario suele estar bien nutrido de metáforas y ocurrencias, de juegos de palabras y guiños semánticos, de sugerencias y argumentaciones, de ironía e incluso de ternura y piedad. Su léxico no es pobre, aunque en ocasiones sacrifique términos que viven a hurtadillas en el género con la pretensión preclara de seducir al lector. Él mismo lo confiesa: "Yo nunca pierdo de vista que el artículo lo lee mucha gente que ignora el significado de la palabra metáfora". Y añade: "La sencillez es cada vez más una aspiración" (en León Gross, 1997: 29).

Álex Grijelmo ha señalado que el columnista malagueño es "un apasionado de las palabras, del lenguaje, de las metáforas certeras, al que leo desde hace muchos años y con el que he recorrido diversos medios". Rosa Regás dice de él que es "una persona que lleva muchísimos años escribiendo, siempre de una manera muy rica, sobre todo escribiendo muy bien, que es algo que se agradece". Y Claudio Guillén, hijo del poeta Jorge Guillén, es contundente cuando afirma que la prosa de Alcántara "es preciosa y ejemplar, porque es sencilla, es modesta y rezuma ingenio, inteligencia, capacidad de invención y todo eso con una moderación y una concepción que está

en la mejor tradición andaluza, con una cierta reserva y una capacidad de alusión al mundo que es infinita". Rafael de Penagos también ha sentenciado que el columnista malagueño le parece esencialmente un campeón de los cien metros prosa y que en su opinión es "una de las plumas más brillantes, más hondas, más extraordinarias, sin que los adjetivos sean desmesurados de ninguna manera", de quien añade que es "un primerísimo columnista, un primerísimo escritor, y no hay que olvidar que también es un primerísimo poeta" (en Cortés, 2006).

Pero ha sido Teodoro León Gross, quien ha estudiado a fondo el estilo de las columnas de Manuel Alcántara en su tesis doctoral titulada *Consideraciones sobre el artículo de opinión: Manuel Alcántara*, defendida en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Málaga el día 27 de noviembre de 1995, investigación que ha visto la luz en dos publicaciones: *El artículo de opinión* (1996) y el volumen que contiene una introducción y una selección de textos de Manuel Alcántara titulado *Fondo perdido* (1997). León Gross, quien ha señalado que Alcántara ha usado de manera deslumbrante los mecanismos literarios al servicio del género periodístico, ha elaborado un inventario de sus rasgos de estilo en ocho epígrafes: A. Juegos de palabras, oxímoros, traducciones y paradojas; B. Intertextualidad; C. Ironía; D. Estilo sentencioso y apotegmático; E. Metáfora; F. Comparación; G. Adjetivación; y H. Tricolones. Sin entrar a fondo en cada uno de ellos, sí vale la pena detenernos en algunos de estos aspectos.

Analizados todos y cada uno de estos recursos antes mencionados, León Gross escribe: "Recurriendo a buena parte de los recursos de la *quadripartita ratio* quintiliana, Alcántara subvierte la percepción de la realidad en una actividad lúdica, sin duda lúcida, capaz de mover el ánimo a la sonrisa, pero también lírica y, sobre todo, crítica. Detrás de cada juego de palabras hay una tesis, detrás de cada figura hay una provocación, detrás de cada paradoja hay una denuncia". Y añade que la persuasión ingeniosa encuentra así, a través de estos mecanismos, "medios excelentes para obtener la adhesión del lector, objeto último de la operación retórica, puesto que previamente ha logrado atraer su complicidad, su simpatía y, a través de éstas, una predisposición a la aceptabilidad del hecho" (1996: 237).

No obstante, hay que destacar dos recursos en su estilo muy practicados por otros muchos columnistas y que a fin de cuentas son rasgos propios que identifican al género: la invención de palabras y la ironía. No cabe duda de que en este compromiso de renovar el lenguaje a la hora de escribir son los columnistas quienes se ven más inmersos en ese mundo de creación y que

es la columna uno de los géneros con más posibilidades innovadoras. Hay ejemplos en los que el columnista pretende ir más allá, bien inventando palabras o utilizando términos soeces que no serían las expresiones más correctas en otros géneros periodísticos. Éste es el caso de Vicente Molina Foix, quien en una columna titulada "Fantasía" (*El País*, 19-III-1994) se permite el lujo de introducir una "F" invertida o bien, en vez de escribir inocencia, transcribir "ynocencia". Amando de Miguel (1982: 104-106) justifica estos descosidos del lenguaje y ha escrito al respecto: "El lenguaje no es una piedra, sino un río, más aún, un organismo vivo. En consecuencia, resulta ridículo el extremo del determinismo que consiste en fijar una especie de *carácter nacional* a los idiomas. No hay lenguaje para hablar a Dios o para hablar a los pájaros como narra la falsa historia. Las lenguas no oprimen, ni resultan aptas para tal o cual régimen político; el sujeto de esos verbos son siempre las personas, los grupos". Y después continúa: "A los escritores hay que concederles un crédito para que puedan ir gastándolo en innovaciones semánticas y de estilo. Si hay que inventar nuevas palabras o acepciones, bienvenidas sean, con tal de que respondan a nuevas realidades. De lo contrario, oscilamos entre la ignorancia y la retórica. Todos los que escribimos solemos caer en la arbitrariedad de dar nuevos, y hasta caprichosos, sentidos a las palabras".

También Manuel Alcántara inventa palabras, tal como lo ha detectado León Gross, a partir de la aglutinación de voces: "Hay maratonianos y majaratonianos". Esta invención también se produce en la adjetivación figurada de nombres propios a los que se yuxtaponen incluso morfemas ("Piernas alonsoquijanas") o en la yuxtaposición de dos adjetivos ("Alas tecnicoarcan-gélicas") (León Gross, 1996: 232).

A la riqueza de juegos de palabras y del gusto por el lenguaje por parte del columnista hay que unir el humor, la sátira, la ironía, el sarcasmo, todo recurso que permita una doble mirada, que provoque la sonrisa del lector, que haga liviana la columna. Manuel Alcántara, como diestro columnista, también es docto en el uso de la ironía, otra de las principales características de su estilo. En cualquier caso, León Gross destaca la dificultad para establecer una retórica de la ironía y "al final lo que nos queda ante ella esencialmente es el fenómeno de redimensionamiento del mundo, analizado por el ya clásico Jankélévitch, una licencia ética al servicio de la *utilitas*, como insiste Lausberg, entre la risa y el llanto, en un terreno formidablemente amplio. No es extraño, pues, que al propio Alcántara le guste definir su articulismo 'entre la piedad y la ironía'". Más adelante, puntualiza: "Esta ironía, no obstante -y en el caso que nos ocupa es singularmente notorio- se atenúa fre-

cuentemente hasta quedar colindando con el humor, cuyos límites no tienen una confortable precisión" (1996: 246).

También Alejandro Víctor García (2001) se pronuncia en este sentido: "El condimento que utiliza Manuel Alcántara (Málaga, 1928) es agridulce, pues la ironía o los juegos de palabras dulcifican casi siempre un asunto convulso o disparatado. No es éste el sitio adecuado para plantear análisis químicos ni medir la graduación exacta del aliño, pero es menester dejar constancia de que el estilo de Alcántara es mucho más complejo que el sabor concreto que finalmente prevalece. Complejo y personal, que son dos cualidades que diferencian al articulista verde del maduro, al aprendiz del maestro".

El propio Alcántara se ha pronunciado en distintos momentos sobre este aspecto. Respecto a la ironía en sus escritos es contundente: "Lo ideal para mí sería una mezcla de ironía y piedad por el ser humano, pero, claro, ante lo grotesco, ante lo ridículo, la única forma de reaccionar es la ironía. Lo único que pasa es que la ironía, que es aplicable a cualquier cosa, no es suficiente para nada. La ironía puede ser un arma muy destructora" (en López Hidalgo, 2008: 4).

Ya se ha dicho. El estilo del columnista puede ser más barroco o cotidiano, más lírico o más ácido, más grueso o más ligero, colmado de refranes o de citas entresacadas de las páginas más selectas de nuestra literatura, libre hasta alcanzar el sarcasmo o la expresión más soez, el hilo más delgado de la sensibilidad o la bala más destructora de un léxico inexplorado y atrevido. En ocasiones, el columnista necesita subir el tono, advertir con pocos miramientos, no advertir sino ordenar, no conducir al lector sino empujarlo al tajo donde el columnista se siente más a gusto. El columnista, muchas veces, se aleja de las normas de los libros de estilo. Necesita romper las reglas establecidas para que su lenguaje resulte fresco y seductor.

Un tono un tanto soez o grosero puede ayudar, como también puede hacerlo la sinceridad, la pasión, el sentimiento. Porque el columnista también debe hallar el tono. Sí hay que respetar aquí una norma sagrada: la impersonalidad le está vedada al columnista. Ése es el principio al que están sometidos los demás derechos y deberes de cada autor. Por esta razón, no comparto las palabras de González Reyna (1999: 102) cuando asegura que el columnista debe eludir la información brutal y el lenguaje crudo y atrevido. En este mismo sentido se pronuncia Luisa Santamaría (1990: 119) a la hora de advertir que el columnista no debe seducir con la obscenidad o la difamación. Y añade: "El columnista tiene mayor margen para expresarse sin la

ampulosidad y nobleza del editorial, utilizando giros y expresiones de tipo coloquial, e incluso desgarradas, rasgos de humor, del que las columnas tienen un importante componente, pero siempre en tono decoroso" (1990: 120-121). Comparto la opinión de León Gross cuando escribe que "las restricciones del lenguaje crudo y atrevido son propósitos en desuso y ni siquiera se pueden establecer los límites, como hace Luisa Santamaría, en la obscenidad y la difamación" (León Gross, 1996: 163).

Manuel Alcántara, sin embargo, nunca buscó expresiones soeces para alumbrar sus columnas. Rehuyó siempre cualquier fórmula que pudiera molestar al lector. Él mismo reconoce que en los años de la dictadura la censura previa obligaba al articulista a buscar recovecos para poder salir airoso de aquellos estrechos márgenes en los que les estaba permitido expresarse. Alcántara lo dice así: "No lo digo como reproche. Ahora se puede abusar del insulto soez y directo, y eso es malo siendo naturalmente mucho mejor que aquello. Entonces se aprendía a escribir entre líneas" (en León Gross, 1997: 19). Así se expresaba bastantes años después, cuando la democracia ya era una realidad, pero cuando se inició en el género en el año 1958 ya anunciaba estos mismos principios en un artículo titulado "El buen fondo":

Yo pregonaría, y que conste que hacer prosélitos es una de mis mayores ilusiones, la necesidad de una más grata manera de tratarse; la oportunidad de instaurar unos modales que llevaran un poco de alegría y de finura al agrio contorno que disfrutamos, repleto de gente 'de buen fondo'. De gente que cree que el buen fondo último, indemostrable, es incompatible con las buenas formas (*Juventud*, "Una vuelta por los tópicos", 4-X-1958).

El articulista montillano José Cobos Jiménez dijo alguna vez: "La intención del escritor es molestar" (en López Hidalgo, 2007: 12). Arturo Pérez-Reverte (2006) publicó una recopilación de columnas con un título que anunciaba la misma intención: *Con ánimo de ofender. Artículos 1998-2001*. El escritor de Cartagena escribe sobre la zafiedad de algunos comportamientos, sobre ciertas costumbres cutres, sobre el vestir hortera, algo que no le parece anecdótico y que para él supone un síntoma de degradación del respeto entre los españoles, y de la peligrosa facilidad con que confundimos cordialidad y cortesía. Y añade: "Y la grosería es, también, una forma de barbarie". En el prólogo, José Luis Martín Nogales recuerda al respecto:



Este alegato está expresado en los artículos de una forma tajante y sin eufemismos. La retórica del lenguaje se adapta a esa intención, mediante un empleo eficaz del registro idiomático más apropiado en cada caso. Hasta el insulto y el 'taco' hispano se convierten en este contexto en la síntesis más rotunda de la indignación, en la forma contundente de expresar la denuncia y, a veces, simplemente en un desahogo por la impotencia ante lo que está irremediablemente mal hecho (2006: 19).

Martín Prieto es otro caso de columnista que escribe con vocación estética, pero también lo hace llamando a cada cosa por su nombre, con un lenguaje desgarrado o incluso deliberadamente grosero o soez, pero también dolido y valiente. El 30 de agosto de 1993 publicó en *Diario 16* una columna que llevaba por título la dirección de su propio domicilio: "Madrid, Virgen María, 5; 6º-A". Este texto, que tuvo una amplia repercusión política y social entonces, es, a mi entender, una de las columnas más singulares y atrevidas de la historia del columnismo español y que sin duda debe figurar en cualquier antología como uno de los textos más modernos de nuestro periodismo de opinión.

En esta línea de utilizar la palabra soez o el taco para reforzar la contundencia de sus escritos y alzar el tono para hacer la denuncia más efectiva, es donde el columnista rompe los límites que algunos investigadores y otros leguleyos les pretenden imponer. Y es aquí también donde la libertad creadora ofrece algunos matices capaces de elevar el taco a categoría literaria. Pero Manuel Alcántara, como decimos, se escapa de esta línea creativa en la que algunos columnistas enlazan directamente con el lenguaje más desgarrado de nuestros clásicos. Para el columnista malagueño las expresiones soeces no tienen cabida en sus escritos, como tampoco amparan sus escritos el púlpito que otros columnistas cultivan. En este sentido es contundente:

Mi concepto del articulismo es que yo no quiero ser un predicador. En mi vida le he aconsejado a un lector lo que debe hacer. Allá él, ¿no? Ahora hay algunos articulistas, no quiero meterme con mis colegas, pero hay muchos que te dan una lección. Yo no tengo capacidad para aleccionar a nadie. Deje usted que todo el mundo se equivoque por su cuenta o que acierte. Yo detesto mucho el género predicador, el género agitador político. Yo creo que el articulismo debe ser otra cosa. El articulismo, sobre todo, no debe darle la mañana a nadie. No

se puede ser aburrido. Eso sí que es pecado mortal (en López Hidalgo, 2008: 4).

Por esta razón y a fin de evitar ese tono predicador que siempre evita, piensa que la ironía es necesaria en el género, así como la piedad, porque ambos conceptos estéticos le permiten huir, como él mismo confiesa, del "yoísmo", ese otro fantasma que protagoniza tantas columnas de nuestros días. Todo esto, claro está, en busca siempre de la amenidad, ese recurso útil y necesario con el que todo columnista pretende comprar la empatía del lector. A fin de que la amenidad no se desvanezca en sus textos, Alcántara someterá su lenguaje a una purga intensa hasta obtener un caldo ligero aderezado con una chispa de ironía y otra de piedad, con unas cucharadas de respeto por el ciudadano y evitando que el "yo" del autor produzca grumos en una salsa que para nada busca el tono predicador del púlpito, sino más bien la sonrisa cómplice del lector.

#### A MODO DE CONCLUSIÓN

En definitiva, Manuel Alcántara ha encontrado en el artículo literario o ingenioso, o en la columna personal –cualquier término nos sería válido–, el instrumento idóneo para expresar con precisión su concepto de la estética y de la ética, el *ethos* del que siempre nos habla Fernando López Pan. Pero eso sí, siempre en un espacio corto, en esas breves y estrechas líneas que componen este soneto del periodismo, como lo denominaba González-Ruano. Porque es aquí, en estos pocos centímetros de papel impreso donde el escritor malagueño se siente como en casa: "Escribiré cortito. Mi especialidad son los cien metros, a ser posible sin obstáculos" (en León Gross, 1997: 42). Es por esta razón que nunca se ha adentrado en las magnitudes oceánicas de la novela o el ensayo, aunque sí lo ha hecho en la poesía, de la que ha aprendido posiblemente el oficio de escritor de periódicos. Él lo dice así: "Ese intento de síntesis me viene por la poesía" (ibídem: 35).

Es en esta corta medida –o corta distancia– aprendida durante cincuenta años en la que Manuel Alcántara busca la empatía de lector. Para ello, huye del "yoísmo" y del púlpito. Por el contrario, busca la amenidad y la sencillez, pero con un lenguaje donde tienen cabida todos los recursos retóricos que puedan enriquecer el texto, siempre que éstos huyan de expresiones soeces o de metáforas innecesarias. Esa cadencia perseguida encuentra en la

ironía su mejor soporte y en la piedad, su mejor argumento. Ironía y piedad, en realidad, sólo se entienden cuando se escribe, como lo hace Alcántara, con un respeto inmenso hacia el lector, a quien sobre todas las cosas, no quiere aburrir. Por esta razón quizás, el escritor malagueño huye de los textos extensos, ya sean novela o teatro. Por el contrario, se refugia en la poesía, donde ha encontrado esa capacidad de síntesis útil y necesaria también en sus artículos.

Aprovechando el símil taurino que tanto gusta al escritor malagueño, podemos concluir con sus propias palabras: "Yo sé que las palabras son una cosa muy seria, y que nos será tenida en cuenta toda palabra ociosa –según advierte San Pablo, creo, aunque no es uno de mis escritores favoritos– pero a mí me gusta, trasladándolo al toreo, hacer la faena en muy poco terreno, como Paco Ojeda, con los pies quietos y desenvolviéndose en muy poco espacio. El juego de palabras es un intento de demostrar que las cosas tienen varios perfiles, que la realidad no es unívoca, que nadie sabe lo que es la verdad (un poeta andaluz tituló un libro *La verdad y otras dudas*, título magnífico)" (en León Gross, 1997: 22).

## FUENTES

- ALCÁNTARA, M. (1997): *Fondo perdido*. Introducción y selección de textos de Teodoro León Gross. Málaga: Arguval.
- (2002): *Málaga nuestra*. Málaga: Arguval.
- CORTÉS, R. (2006): "Manuel Alcántara: 'El periodismo está hecho de gente apasionada por la verdad'", en *Hoy*, 18-I-2006.
- DE MIGUEL, A. (1982): *Sociología de las páginas de opinión*. Barcelona: ATE.
- GARCÍA, A. V. (2001): "El aliño secreto del columnista", en *El País*, 5-III-2001.
- GROHMANN, A. (2005): "La escritura impertinente", en *Ínsula*, 703-704, pp. 2-5.
- (2006): "El columnismo de escritores españoles (1975-2005): Hacia un nuevo género literario", en GROHMANN, A. y STEENMEIJER, M. (eds.): *El columnismo de escritores españoles (1975-2005)*. Madrid: Verbum.
- STEENMEIJER, M. (eds.) (2006): *El columnismo de escritores españoles (1975-2005)*. Madrid: Verbum.
- GONZÁLEZ REYNA, S. (1999): *Géneros periodísticos 1. Periodismo de opinión y discurso*. México: Trillas.

- LÁZARO CARRETER, F. (2004): *El nuevo dardo en la palabra*. Madrid: Aguilar.
- LEÓN GROSS, T. (1996): *El artículo de opinión*. Barcelona: Ariel.
- (1997): “Introducción”, en ALCÁNTARA, M.: *Fondo perdido*. Málaga: Arguval.
- (2007): “Manuel Alcántara, articulista y poeta: ‘Entiendo el artículo como un servicio diario, como el del panadero’”, en *El Diario Montañés*, 08-IV-2007.
- LÓPEZ HIDALGO A. (1996): *Las columnas del periódico*. Madrid: Libertarias/Prodhufi.
- (2007): *La belleza de las pequeñas cosas*. Montilla: Bibliofilia Montillana.
- (2008): “Manuel Alcántara. Cuando la actualidad se hace literatura diaria desde una columna de opinión”, en *Córdoba. Zoco*, 8-VI-2008, pp. 1-4.
- LÓPEZ PAN, F. (1995): “La columna como género periodístico”, estudio introductorio en DE MIGUEL, P. (ed.): *70 columnistas de la prensa española*. Pamplona: Eunsa.
- (1996): *La columna periodística. Teoría y práctica: El caso de “Hilo Directo”*. Pamplona: Eunsa.
- MARTÍN NOGALES, J. L. (2006): “Testigo del siglo”, en PÉREZ REVERTE, A.: *Con ánimo de ofender (Artículos 1998-2001)*. Madrid: Punto de Lectura.
- MORÁN TORRES, E. (1988): *Géneros del periodismo de opinión: Crónica, comentario, columna, editorial*. Pamplona: Eunsa.
- PÉREZ REVERTE, A. (2006): *Con ánimo de ofender (Artículos 1998-2001)*. Madrid: Punto de Lectura.
- SANTAMARÍA SUÁREZ, L. (1990): *El comentario periodístico. Los géneros persuasivos*. Madrid: Paraninfo.
- y CASALS CARRO, M.<sup>a</sup> J. (2000): *La opinión periodística. Argumentos y géneros para la persuasión*. Madrid: Fragua.
- SEOANE, M.<sup>a</sup> C. (2005): “Para una historia de la columna literaria”, en *Ínsula*, 703-704, pp. 8-11.
- UMBRAL, F. (1994): *Las palabras de la tribu*. Barcelona: Planeta.